

## LIBRO SÉPTIMO

EL REY, LA FAMILIA REAL, LA CORTE EN EL ÚLTIMO PERÍODO  
DEL REINADO (1)

I. El rey y la señora de Maintenón. - II. La familia real y la corte hasta 1700. - III. Los duelos y los desastres (1701-1712). - IV. Fin de Luis XIV (1712-1715). - V. Conclusión sobre el reinado.

## I.—El rey y la señora de Maintenón

Durante el segundo período de su reinado, Luis XIV fué el verdadero gobernador del reino. El último de los grandes ministros del primer tiempo, Louvois, murió en 1691; Colbert y él eran personajes con los cuales hubo de contar el rey, quien comprendió que la autoridad personal de los mismos era temida y que tenían servidores y cortesanos. Por esto le fué grata la muerte de Louvois, y se apresuró á declarar que de ella no se resentirían sus negocios. Nunca estuvo tan alegre como el día en que ocurrió aquel suceso, pues gustábase demostrar que las muertes de los ministros no merecían ser sentidas. Barbezieux murió diez años después que Louvois, su padre, á quien había sucedido; y aunque su orgullo de hombre «nacido en el poder» y su vida disoluta habían maleado sus

(1) FUENTES: *Mémoires de Saint-Simón*; *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, del mismo; *Journal de Dangeau*; *Journal de la santé du Roi*, *Relation de la Cour de France*, por Spanheim, citados en la pág. 533. — *Œuvres de Louis XIV*; *Correspondance administrative*, pub. por Depping: los diversos *Etats de la France*; *Relazioni*... de los embajadores venecianos, citados en la pág. 65. Las *Mémoires* de la época, especialmente las de CORNACH, SOURCHES, SEÑORA DE CAYLUS, SEÑORA DE LA FAYETTE, indicadas en la pág. 534. La correspondencia de la SEÑORA DE MAINTENÓN indicada anteriormente en las págs. 483 á 485. La correspondencia de MADAMA (la primera palatina) indicada en la pág. 483. *Œuvres de Fénelon*, ed. Guillaume, París, 1850-52, 10 vol., especialmente en el tomo VII: *Examen de conscience sur les devoirs de la royauté*; *Plans de gouvernement... proposés au duc de Bourgogne*; *Mémoire sur la situation de la France en 1710*; *Correspondance avec le duc de Bourgogne* (pág. 509) *lettre au Roi en 1695*. *Un recueil inédit de portraits et de caractères*, 1703, pub. por Boislisle, París, 1897. *Le nouveau siècle de Louis XIV*, *choix de chansons historiques et satiriques* (pub. por Brunet), París, 1857.

OBRA DE CONSULTA: Véanse las obras de Voltaire, Gaillardin, Bourgeois, indicadas en la pág. 531, y además: Lemontey, *Essai sur l'établissement monarchique de Louis XIV*, París, 1821. Conde de Haussouville, *La Duchesse de Bourgogne et l'alliance savoyarde sous Louis XIV*, París, 1898-1906, 4 vol. Los *Cahiers de Mlle. d'Aumale*; las *Mémoires et lettres inédites de Mlle. d'Aumale*, pub. en *Souvenirs de Madame de Maintenon* por el conde de Haussouville y G. Hanotaux, 2 vol. París, s. f. Marqués de Vogüé, *Le duc de Bourgogne et le duc de Beauvillier*, París, 1900. Moret, *Quinze ans du règne de Louis XIV*, París, 1859. Druón, *Histoire de l'éducation des princes dans la maison des Bourbons de France*, París, 1897.

cualidades de «gran ministro», en resumidas cuentas había servido bien á su señor. El día de su fallecimiento, 5 de enero de 1701, comióse la torta de Reyes en la mesa del monarca, quien «entusiasmado en cantar á gritos *La reina bebe*, derribó su plato y golpeó encima de él con su cuchara y su tenedor, lo que fué al instante imitado... y se reprodujo con algazara de colegio cada vez que la reina del haba bebía, á lo que se la excitaba con frecuencia.» Luis XIV acabó por creer que importaba poco que un secretario de Estado supiese su oficio, puesto que él sabía todos los oficios del gobierno. Ya hemos visto que esta opinión que de sí mismo tenía fué desastrosa.

Por lo demás, trabajó como nunca (2). Después de la muerte de Louvois, se impuso el régimen de ocho ó nueve horas diarias de trabajo, y á menudo celebró, además del consejo de la mañana, otro por la tarde. Ya no fué más al «aposento» (3) porque la hora de aquella reunión de corte era «la que mejor le convenía para trabajar»; y aun después de la cena, á la hora de «intimidad» reservada á la charla de familia, despedía á veces á los contertulios para despachar correos. En el momento de comenzar las campañas «ocúpase enteramente... en hacer partir á sus generales y darles instrucciones antes de que partan». Sigue día por día, en los más pequeños pormenores, las operaciones militares y envía á los ejércitos avisos y órdenes. «Sus generales, escribe la señora de Maintenón en 1691, se sienten tan satisfechos de estar en comunicación con él, que le dan cuenta muy exacta de todo y parecen encantados de sus respuestas que, sin ánimo de insultar (la memoria de Louvois), hallan de un estilo muy bondadoso.» Día por día se entera de sus negocios extranjeros y no llega ni se expide ningún despacho que él no lea; dicta infinidad de cartas y aun á menudo las escribe de su puño y letra, siendo muchas de ellas bellísimas, como por ejemplo, las dirigidas á su nieto el rey de España; concede audiencias para toda clase de asuntos, religiosos sobre todo y de corte; recibe diputaciones, oye y pronuncia discursos y siempre que habla se hace admirar por su lenguaje. Sus familiares se extasían viendo de tal suerte ocupada durante todo el día su inteligencia en tan diferentes atenciones.

«En la cama, que guarda hace dos días (á causa de la gota), escribe la señora de Maintenón en junio de 1692,

(2) Véase anteriormente, pág. 150.

(3) Véase pág. 357.

da órdenes para el sitio de Namur, para que su otro ejército se oponga al príncipe de Orange, para que el mariscal de Lorges entre en Alemania, Catinat reeche al señor de Saboya, Noailles impida á los españoles hacer algo y el señor de Courville derrote á la flota de los enemigos si el viento le es favorable. Y además de dar estas órdenes, gobierna todo el interior de su reino.»

La Bruyère, en la elocuencia de un discurso académico, expone la siguiente visión de un genio tutelar de Francia:

«Él mismo, si me atrevo á decirlo, es su principal ministro; atento siempre á nuestras necesidades, no hay para él tiempo de descanso, ni horas privilegiadas. Ya avanza la noche, los guardias de las avenidas de su palacio son relevados, los astros brillan en el firmamento y siguen su curso; toda la naturaleza reposa privada del día, sepultada en las sombras; también nosotros reposamos, mientras ese rey, retirado en su ba laustre, vela sólo por nosotros y por el Estado.»

Luis XIV hacía una vida conyugal ejemplar; quizás «Júpiter» sentíase tentado por rostros de «Alcmene»; pero conteníale el miedo á Plutón y también la voluntad de llevar una existencia respetable.

La señora de Maintenón (1) reinaba sin ser reina. En público es una «señora particular muy sencilla... siempre bien vestida, noblemente... pero muy modestamente»; se coloca en último lugar y cede su puesto á las damas con título y hasta á las que sólo son de «calidad distinguida»; y se complace en lo que ella misma llama el enigma de su vida, enigma, por otra parte, transparente, pues aun en público el rey de cuando en cuando la trataba como reina. Así lo hizo de un modo tan patente en el campamento de Compiègne, en donde quiso, al año siguiente de la paz de Ryswyk, «asombrar á Europa con una ostentación de su poder, que aquella creía agotado.» En efecto, el día en que el ejército que mandaba el duque de Borgoña estuvo dispuesto para el simulacro de asalto, el rey, las damas «y todos los hombres más ilustres que allí había» reunidos en un punto de la muralla, rodeaban la silla de manos de la marquesa; en la vara delantera de la izquierda estaba sentada la duquesa de Borgoña; el rey permanecía de pie á la derecha, y á cada instante quitábase el sombrero y se inclinaba hacia el cristal para explicar á la señora de Maintenón lo que veía: «Cada vez ella tenía la urbanidad de abrir el vidrio cuatro ó cinco dedos, nunca la mitad,» porque el aire vivo le daba miedo.

En «la intimidad» era evidentemente reina. Su aposento llegó á ser el sitio principal de la corte, y sentada en una butaca, aun en presencia del monarca y de los hijos de éste, en él recibía al rey, á los príncipes, á las princesas, á ministros, obispos, generales y embajadores. Á los hijos del rey los nombraba del mismo modo que éste, diciendo lisamente: la duquesa de Borgoña; á esta princesa llamábala «mi querida.» Recibía á muy contados amigos íntimos y era tan difícil obtener audiencia de ella como del propio rey, y como al rey la gente le hablaba al pasar.

Por lo demás, gustaba vivir apartada de la gente: en Fontainebleau tenía una casa en la población; en Marli,

(1) Véanse págs. 197, 198, 485 y 486.

un aposento «para descansar»; y en Saint-Cyr, pequeña aldea cerca de Versalles, en hermoso refugio al que se retiraba tan á menudo como podía. Aquel refugio era la casa fundada, en 1686, por Luis XIV para la educación de doscientas cincuenta señoritas nobles y pobres. La señora de Maintenón las dirigía con gran complacencia, pues tenía «la manía de las direcciones» y poseía para la profesión de institutriz y educadora una vocación natural, avalorada por su experiencia tan rica en pasiones, en miserias y en comedias del alma humana. El rey, que iba con frecuencia á Saint-Cyr, interesábase por la vida de aquel pensionado, en el que la señora de Maintenón y él «lo ordenaban todo»; y sentía que sus hijas no hubiesen recibido una educación como la que allí se daba; y divertíase viendo bailar á las señoritas en los jardines, «cada clase en una avenida diferente», y revistándolas. Un día en que iba de Versalles á Rambouillet, al llegar á Saint-Cyr, mandó que los caballos de su carroza anduviesen al paso, porque «las doscientas cincuenta señoritas estaban formadas á lo largo de la calle, divididas en cuatro clases, la amarilla, la azul, la verde y la encarnada». Asistió á las representaciones de *Esther* y de *Athalia* y hasta en una de ellas se encargó de vigilar la entrada, que concedía ó negaba con un movimiento de su bastón. En Saint-Cyr, Luis XIV y la señora de Maintenón estaban como en su casa.

Pero Saint-Cyr no era más que un intermedio en la existencia de la señora de Maintenón. Por lo regular la jornada de la casi reina era muy pesada; he aquí cómo transcurría en 1705. A las siete y media de la mañana empieza á entrar gente en su cuarto: los médicos que van á ver cómo está; personas de condición modesta, empleadas en obras de caridad; pero también elevados personajes, como el arzobispo de París, el señor Chamillart, secretario de Estado, un general de ejército que está de marcha, el señor del Maine, el bastardo por ella preferido. Entre visita y visita escribe cartas urgentes. En esto llega el rey, que sale del consejo y va á misa; la marquesa lleva todavía su tocado de noche, porque si se hubiese arreglado, no habría tenido tiempo para rezar. Al salir de misa, el monarca entra de nuevo en su habitación y permanece en ella un rato. Siéntase á la mesa al mediodía, pues come una hora antes que los demás, y entonces llegan la duquesa de Borgoña y las damas y los príncipes que durante la mañana han estado cazando; hay que charlar con toda esa gente y oír á los príncipes contar, hablando todos á la vez, las más insignificantes peripecias de la caza, hasta que al fin príncipes y princesas se van á comer. En medio de aquel barullo la señora de Maintenón apenas ha logrado hacerse servir la comida.

El rey, después de comer, vuelve á la estancia de la marquesa acompañado de las damas y de la familia real, y á la media hora se va á cazar; pero las damas se quedan allí buen rato: «todas esas buenas señoras, no tienen nada que hacer.» Y vuelve por cuarta vez el monarca á su regreso de la cacería; entonces se cierra la puerta y ya no entra allí nadie más que el ministro que va á trabajar. El rey y la marquesa están sentados en sendos sillones en los dos ángulos de la chimenea; delante de la mesa del monarca hay dos taburetes, uno



para el ministro y otro para su cartera. Durante el trabajo, si quieren que ella tome parte en la tarea, la llaman; si no, lee, borda «al cañamazo» ó despacha sus rezos de la tarde. Después cena, y para acabar antes, dispone que le sirvan la fruta con la carne. Va siendo tarde, ella se siente cansada y bosteza y el rey la invita á que se acueste; delante del monarca y del ministro sus camareras la desnudan, y cuando el ministro se ha marchado, el rey se sienta á la cabecera de la cama hasta la hora de cenar, es decir, hasta las diez. A las diez menos cuarto, el duque y la duquesa de Borgoña entran á darle las buenas noches; y cuando todos han partido, la señora de Maintenón cierra las cortinas de su lecho.

«En mi posición, decía, no hay término medio; es preciso sentirse por ella embriagada ó abrumada;» pero, dijera lo que dijese, sintióse abrumada y embriagada á la vez: el asombro y la alegría de su suerte prodigiosa guardólos para ella dejándolos transparentar á lo sumo por algunas palabras que no pudo contener; en cambio, del abrumamiento se quejaba á todo el que quería oírlo. Su vida era excesivamente incómoda; en Compiègne se aburre con las paradas militares que el rey se ha tomado el trabajo de disponer en su honor; en Fontainebleau se hastía porque allí no halla «ni descanso ni ocupación;» en Marli, en el aposento del rey, no hay puerta ni ventana que cierre y sopla en él un viento que le recuerda los huracanes de América, y en Versalles, durante la sesión de la tarde, el rey y el ministro se están allí horas y horas olvidándose de que no es «un cuerpo glorioso» y es preciso esperar á que se vayan para tomar «los alivios» que tanto necesita. Hállese en el estado en que se halle, esa doliente, cuya salud se ha alterado con aquel mal régimen, ha de prestar sus servicios; el rey la llevaba á Marli «en un estado en que no se habría hecho viajar á una criada;» y una vez, en un viaje á Fontainebleau «no se sabía verdaderamente si se moriría por el camino.» Y luego en todas partes y en todos los momentos el rey: «El rey trastorna siempre lo que yo tendría que hacer.» En las horas malas «hay que soportar sus penas..., sus tristezas, sus vapores; á veces prorrumpe en llanto que no puede dominar, ó bien está incomodado y no tiene conversación.»

Finalmente, soportaba mal ciertas incomodidades íntimas. El viejo marido, que se había casado con ella para poder tener el derecho de amar sin pecar, quería usar de este derecho, lo cual daba lugar á «penosas ocasiones» que la esposa confiaba á su director, el obispo de Chartres, Godet-Desmarais. El prelado hízole muchas reflexiones: cierto que habría preferido para ella la virginidad de las esposas de Jesucristo; pero, bien miradas las cosas, «es una gran pureza, le dijo, preservar á aquel que le ha sido confiado de las impurezas y de los escándalos en que podría caer. ¿No es preciso, por otra parte, «volver á la sujeción que su vocación le impone» y no es una gran «gracia ser el instrumento de los consejos de Dios y hacer por pura virtud lo que tantas otras mujeres hacen sin mérito ó por pasión?» No debe olvidarse que en el cielo en donde «pronto» estará, «cesarán las sujeciones de la vida presente» y «no tendrá más que seguir al cordero adondequiera que éste vaya.» Pero, la señora de Maintenón, pensando en esa sujeción y en todas las demás que soportaba en este mundo, había formado del matrimonio una opinión me-

lancólica: «Cuando las señoritas de Saint-Cyr, dice, hayan pasado por el matrimonio, verán que no es cosa de risa; es menester acostumbrales á hablar de él muy seriamente y hasta tristemente.»

No más satisfecha que de su hogar estaba del gobierno. Aun cuando ha negado que pretendiese gobernar el Estado, es lo cierto que intervino en los negocios tanto como pudo; y si bien es verdad que no determinó ningún gran acontecimiento y que no varió el curso de la historia, no lo es menos que esa «madre de la Iglesia» (1) tomó gran parte en los asuntos religiosos, y que conocía las cosas de la guerra por el trabajo que en su cámara realizaba el secretario de Estado, y los negocios extranjeros por el rey y por los embajadores. Fué una de las personas á quienes se consultó cuando llegó la noticia del testamento de Carlos II, y su intimidad con la princesa de los Ursinos la puso al corriente de la cuestión de España, que era la principal. Saint-Simón afirma que dispuso «de las tres cuartas partes de las mercedes y elecciones y aun de las tres cuartas partes de la otra cuarta parte de lo que pasaba por las manos de los ministros en su aposento,» y refiere que interrogada por el rey en las sesiones de su cámara, contestaba con «grandes comedimientos» haciendo ver que nada le importaba y que menos aún se interesaba por nadie; pero de antemano se había puesto de acuerdo con el ministro, el cual no se había atrevido á no aceptar lo que ella quería ni se atrevía luego á resollar en su presencia. Y hasta parece que el rey, haciéndose cargo de la maniobra y temeroso de que se supusiera que se dejaba gobernar por alguien, de cuando en cuando soltaba alguna reprimenda que hacía llorar á su vieja amiga. Es positivo que la señora de Maintenón quiso que los cargos eclesiásticos, militares y ministeriales recayesen en determinadas personas y que se valió de diferentes mañas para ver realizados sus deseos. Finalmente en las intrigas de la corte obraba con cautela, adoptando toda clase de precauciones y procediendo como verdadera madre en todo cuanto se refería á la duquesa de Borgoña y al duque del Maine, á quien llamaba «el amor de su corazón.»

Ahora bien; todos los asuntos y todas las personas por quienes se interesó fracasaron: en las cuestiones religiosas tropezó con dificultades invencibles; sus generales fueron vencidos y sus ministros demostraron ser ineptos y aun ridículos. Había cifrado grandes esperanzas en Fenelón y en Noailles y hubo de rechazarlos, uno tras otro, por haberse vuelto herejes ó casi herejes; el «amor de su corazón» hizo un papel muy mediocre en el ejército y en la corte, y la muerte le arrebató repentinamente al duque y á la duquesa de Borgoña. Las calamidades públicas la consternaron y le asombró la conducta de Dios, porque los reyes de Francia y España á quienes la Providencia parecía abandonar, eran al fin y al cabo piadosos y en cambio eran herejes la mayoría de sus enemigos; bien es verdad, dice, que con Dios no hay que discutir, que no tiene que darnos cuenta de nada y que siempre es justo y bueno; pero «la manera no nos gusta.» No era solamente la compañera del rey humillada la que sufría con los desastres; era también la buena francesa que ponía muy alto «el honor de la

(1) Véase anteriormente, págs. 485-486.

nación.» La idea de que los enemigos iban á entrar en Francia púsole «el corazón en una situación extraña;» y las proposiciones que los aliados tuvieron la osadía de hacer á Torcy en 1709, indignáronla como «á todo el que tenía una gota de sangre francesa.» Además, oía en torno suyo murmuraciones contra el rey que le «helaban la sangre en las venas;» y si bien le ocultaban quizás las canciones en que se insultaba á la «vieja pelandusca,» leía en los rostros y por las calles el odio y la amenaza, hasta el punto de que acabó por no atreverse á salir de palacio.

Nacida en la mediocridad, educada en plena aventura, casada por primera vez indecorosamente, caída de nuevo en una existencia aventurera, salvada por su belleza, por su talento, por su dominio sobre sí misma y por amistades que se le brindaron y de las cuales supo aprovecharse, puesta por una casualidad al alcance del rey, codiciada por éste, que se dejó coger por ella, y casada al fin con ese rey, con Luis XIV, la señora de Maintenón pagó su suerte extraordinaria con la violencia á que estuvo sujeta su vida, con la fatiga extremada, el hastío conyugal y la agitación en torno suyo de títeres, de ociosos y de enervados; con penas y dolores y acaso también con un sufrimiento no confesado, hijo de la escasa firmeza de su destino, porque si nada prueba que quisiera rebasar su suerte haciéndose declarar reina de Francia y de Navarra, es cierto, en cambio, que se sintió molestanda por lo falso de su posición de reina, postergada, por la incertidumbre del porvenir y por el temor de verse sola en el mundo el día en que el rey faltase. En resumidas cuentas, y aun gozando como gozaba de su extraordinaria fortuna, pensó que ésta le costaba demasiado cara.

Cuanto ve á su alrededor le inspira asco y habla de la corte en el mismo tono amargo que los moralistas y los predicadores.

«Veo pasiones de toda clase, traiciones, bajezas, ambiciones desmedidas; de una parte, envidias espantosas, gentes que tienen la rabia en el corazón y que sólo procuran destruirse unas á otras, y finalmente, mil malos procederes; y todo esto á menudo por bagatelas.»

«Y en qué sociedad estaba condenada á vivir aquella mujer delicada, dotada de gran talento y mojiata!

«Las mujeres de este tiempo me son insoportables; su vestir insensato é inmodesto, su tabaco, su vino, su glotonería, su grosería y su pereza, todo es tan opuesto á mi gusto y me parece, con razón, que no puedo sufrirlo.»

Un día de su «corazón triste» se escapa una verdadera confesión:

«¿No veis que me muerdo de tristeza en medio de una fortuna difícilmente imaginable y que sólo la ayuda de Dios me ha librado de sucumbir á ella? He sido joven y guapa; he gustado los placeres; he sido amada en todas partes; en una edad algo más avanzada he pasado años en el trato del ingenio; he conquistado el favor y os aseguro... que todos esos estados dejan un vacío espantoso, una inquietud, un cansancio, un afán de conocer algo distinto...»

Esa mujer que había vivido en «el trato del ingenio,» que había conocido y hasta apreciado á libertinos, que había cambiado de religión y que se complacía en las reflexiones internas profundas, ¿hasta qué punto fué

sincera en su devoción? ¿Sintió verdadera fe? ¿O simplemente creyó ó quiso hacer creer á sí misma que creía? Imposible es contestar á estas preguntas; pero aun suponiendo que no la hubiesen inclinado á la devoción el interés y la política, toda aquella mezcla de grandeza y de miserias, la saciedad, el sentimiento del «vacío espantoso» la impulsaban á refugiarse en Dios:

«Sólo se reposa cuando uno se entrega á Dios, pero con esa voluntad decidida de que os hablo algunas veces; entonces se comprende que ya nada hay que buscar, que se ha llegado á lo único bueno que hay en la tierra; se tienen penas, pero se tiene también un gran consuelo y la paz en el fondo del corazón, en medio de las pasiones más grandes.»

Además la religión prestábele el servicio de explicarle su destino tan extraño: «La gente cree, dijo un día, que gobierno el Estado y no sabe, de ello estoy convencida, que Dios me ha otorgado tantas mercedes únicamente para destinarme á la salvación del rey (1).» He aquí, pues, cómo ese convencimiento explica cumplidamente «el enigma» de la vida de Francisca de Aubigné; viuda del poeta Scarrón y esposa del rey Luis XIV.

«Sin embargo, casi nadie creyó en su sinceridad. Saint-Simón resume la historia de su existencia en los siguientes términos:

«El amaneramiento ridículo y la afectación (del tiempo de los discreteos) habían aumentado con el barniz de la importancia y aumentaron después con el de la devoción, que acabó por ser el carácter principal y pareció absorber todo lo demás. Este carácter era en ella capital para mantenerla en el sitio adonde la había llevado, y no lo fué menos para gobernar.»

Esta era la opinión general sobre la señora de Maintenón y fué también la de una de las personas que mejor la conocieron, su hermano, el conde de Aubigné, hombre de ingenio, libertino alegre y osado, de trato agradable, pero que molestaba á grandes personajes á quienes visitaba, diciendo «el cuñado» cuando hablaba del rey. Uno y otra se conocían á fondo y en su correspondencia se cruzaban frases de verdaderos compañeros. Sus conversaciones, estando solos, debieron ser curiosas; de Aubigné, que iba á verla á menudo, sostenía con ella conversaciones propias de otros tiempos y no tomaba en serio sus jeremiadas. Cuéntase que un día en que ella le dijo que deseaba morir, él le preguntó: «¿Es que tenéis palabra de casamiento de Dios padre?»

## II. — La familia real y la corte hasta 1700

El Delfín continuaba comiendo, bebiendo, cazando y durmiendo. Comía y bebía demasiado; en 1701, después de una comida enorme, tuvo un ataque de apoplejía. El rey quiso emplearlo en la guerra y aun le dijo, la primera vez que le envió á ella, en 1688: «Al enviaros á mandar mi ejército, os doy ocasiones para que deis á conocer vuestro mérito; id á mostrarlo á toda Europa, á fin de que, cuando yo muera, no se conozca que ha muerto el rey.» Pero el Delfín no asombró á Europa en aquella campaña. Nunca trabajaba y raras veces se le veía en los consejos en donde

(1) Véase anteriormente, pág. 485.



el rey le había admitido; no le gustaba hablar, y yendo de caza caminaba tres ó cuatro horas sin decir palabra. Viudo en 1690, no había vuelto á casarse, y después de haber amado á varias personas se estacionó en el capricho que tuvo por la señorita Choin, doncella de honor de la princesa de Conti, de quien Saint-Simón dice que era «una muchacha gruesa, rechoncha, fea, chata y hedionda,» pero dotada «de ingenio y de astucia» (1). No se sabe si Monseñor se casó con ella en secreto, pero casada ó no, la señorita Choin era el ama de la casa de aquél y allí se acantonó, no yendo nunca á Versalles para no «soportar la férula de la madrastra del Delfín,» es decir, de la señora de Maintenón. La duquesa de Borgoña, la princesa de Conti y Madama la duquesa frecuentaban la corte de Meudón, sobre todo las dos últimas; la señorita Choin las admitía en la intimidad, que se llamaba el «párvulo» de Meudón, estando ella sentada en un sillón y debiendo las princesas contentarse con un taburete. De este modo veíanse reunidos Monseñor, hijastro de la señora de Maintenón, la casi reina, la señorita Choin, la casi Delfina, la duquesa de Borgoña, nuera legítima del Delfín, y las hermanastras adúlteras del Delfín, que á su vez eran hermanastras entre sí, pues la una procedía de la señorita de La Valliere y la otra de la señora de Montespán; y los días en que se presentaba en Meudón el duque de Antín, hijo del señor y de la señora de Montespán y por consiguiente hermanastro de Madama la duquesa, completaba la familia complicada del rey cristianísimo.

Las miradas del rey y de la corte, pasando por encima de Monseñor, ser de cortos alcances y obscuro, fijábanse en la singular pareja que formaban el duque y la duquesa de Borgoña.

El duque de Borgoña, nacido en agosto de 1682, ha sido educado por el duque de Beauvillier, su ayo, y por Fenelón, su preceptor. El señor de Beauvillier tenía cuarenta y un años cuando, en septiembre de 1689, le fué confiado el joven príncipe, sacado, como se decía, del poder de las mujeres; destinado primeramente á la Iglesia, vuelto al mundo á consecuencia de la muerte de dos hermanos mayores, yerno de Colbert, primer gentilhomme de cámara, jefe del consejo de hacienda, era reputado «como uno de los hombres más discretos de la corte y del reino.» Aunque era uno de los primeros dignatarios de la corte, vivía en ésta casi retirado, en gran intimidad con el otro yerno de Colbert, el duque de Chevreuse, y con la señora de Maintenón, dedicaba una hora y media al día en sus oraciones y comulgaba varias veces á la semana, algu-

nas sin previa confesión. Tuvo nueve hijas, de las cuales una murió joven, otra se casó, y las siete restantes fueron religiosas del mismo convento en Montargis. Grave y tranquilo, dominaba su «alma en paz,» como ha dicho de él Saint-Simón, amigo de los dos duques cuñados. Fenelón (2) no tenía tanto dominio como el señor de Beauvillier sobre su alma, que era vehemente, sensible, algo aventurera y ambiciosa así en lo espiritual como en lo temporal.

El duque de Borgoña había sido, de niño, colérico, violento y orgulloso, y «consideraba á los hombres como moscas;» pero la educación lo domó. Sus dos hermanos, los duques de Anjou y de Berry, y él vivieron poco menos que aislados de la sociedad y pasaban el día entre los ejercicios atléticos, los grandes paseos á pie ó á caballo, las lecciones y las conversaciones con los maestros y los rezos. El mayor fué naturalmente más atendido que los dos menores; aprendió bien el latín, leyó Virgilio, Horacio, Tácito, escribió fábulas y discursos; tuvo, según parece, gran afición á Lafontaine; estudió historia antigua y moderna, y conocía, al parecer, la geografía de Francia como el parque de Versalles.

Su educación moral se realizó por medio de la conversación y por procedimientos de literatura, por fábulas, en que se insinuaban consejos y por diálogos de muertos en los cuales los filósofos exponían sus sistemas y los reyes, ministros y capitanes sus ideas y sus actos. Su educación religiosa fué seguramente más eficaz. Los príncipes estaban rodeados únicamente de personas devotas, tan bien escogidas que, al decir de la señora de Sevigné, San Luis no habría hecho mejor elección. Después de su primera comunión, que se efectuó el domingo de Pascua de 1694, el duque de Borgoña pareció metamorfoseado, pues de arrebatado que era, convirtiéndose su carácter en extremadamente dulce; pero la metamorfosis fué demasiado rápida y radical. Ayo y preceptor, éste por la gran superioridad de su inteligencia, por la elevación de su palabra, por su ironía á veces durísima, y aquél por su gravedad severa, pesaron demasiado sobre las juveniles almas de sus pupilos. «Nuestros tres príncipes han sido muy mal educados, decía Madama en 1711..., en un temor y una sumisión tales, que sólo saben obedecer y son incapaces de mandar;» parécete, además, que «no se les ha enseñado suficientemente á vivir y que no se les ha hecho frecuentar bastante la sociedad.» Ni siquiera les han enseñado quiénes son las personas «que más de cerca les tocan, así es que si bien conocían la genealogía del Olimpo, Madama hubo de ser quien hiciera sa-

ber al duque de Anjou y al duque de Berri que su madre era una alemana, una princesa palatina..., cosa que ellos ignoraban.»

En noviembre de 1696 llegó á la corte la novia del duque de Borgoña, María Adelaida de Saboya, niña de once años, ya que había nacido en diciembre de 1685. Su madre era Ana de Orleans, hija del primer matrimonio de Monsieur; de modo que Adelaida de Saboya era nieta de Enriqueta de Inglaterra, de aquella mujer hechicera y conturbadora, cuyos ojos parecían «pedir el corazón» de aquellos á quienes miraban. El rey esperaba con impaciencia la llegada de la princesita; no tenía en torno suyo «grandes aperitivos,» dice la señora de Maintenón, ninguna intimidad con su hijo ni con sus nietos, que vivían reclusos, y sus bastardos y bastardas eran ya hombres y mujeres. Ningún niño alegraba aquella corte, que se había vuelto grave, por lo menos en apariencia.

Luis XIV fué á Montargis á recibir á María Adelaida, y á fuer de viejo inteligente contempló «el talle, el pecho, las manos» de aquella niña, la hizo hablar largamente y jugar á los palillos con las damas á fin de apreciar su destreza; y aun cuando se hizo cargo de algunos defectos del rostro, bien que sin fijarse mucho en ellos, quedó encantado del conjunto: «Tendrá, dijo, un aire y una gracia que hechizarán, unidos á una dignidad y á una seriedad grandes.» Y en efecto, la pequeña Madama hechizó á todos. El rey la acaparó para sí y al novio sólo le permitió verla una vez cada quince días y aun en ceremonia. La boda se celebró en diciembre de 1697, pero por la noche, después que los esposos hubieron permanecido en la cama un cuarto de hora, teniendo á un lado de la cabecera al duque de Beauvillier y al otro á la señora de Ludé, aya de la duquesa, Monseñor, que también estaba allí y que, contra su costumbre, hablaba, hizo levantar á su hijo. Dos años después, en octubre de 1699, marido y mujer durmieron juntos libremente. La duquesa de Borgoña tenía entonces trece años, diez meses y algunos días.

Desde su llegada á la corte había adoptado todas las maneras de una niña mimada: cuando iba en coche sentábase sobre las rodillas de los que la acompañaban saltando «como un mono pequeño;» durante las comidas, cantaba, bailaba sobre la silla, saludaba á todo el mundo, hacía las más horribles muecas y metía los dedos en las salsas; trataba familiarmente á su suegro, Monseñor, á quien tuteaba para divertirse, y hacía sobre todo las delicias del rey y de la señora de Maintenón, con quienes pasaba horas enteras sentada en los brazos de sus butacas, «abrazándolos, besándolos, acariciándolos, arrugándoles la ropa y tirándoles de la barbilla.» En tales momentos, aquellos dos personajes tan graves debieron sentirse seres como todos los demás mortales. Pero la muchacha no era tan niña como aparentaba, sino que al llegar á la corte de Francia iba bien adiestrada, como lo demostró la primera vez que se halló en presencia de la señora de Maintenón, hacia la cual corrió con los brazos abiertos y á la que no tardó en llamar «mi tía.» Un día en que ésta negaba á dejarse acariciar por ella pretextando ser «demasiado vieja,» la chiquilla replicó: «¡Oh!, no tan vieja.» La señora de Maintenón se percató de que la princesa escuchaba «sin parecer escuchar» y de que ejercía sobre ella una

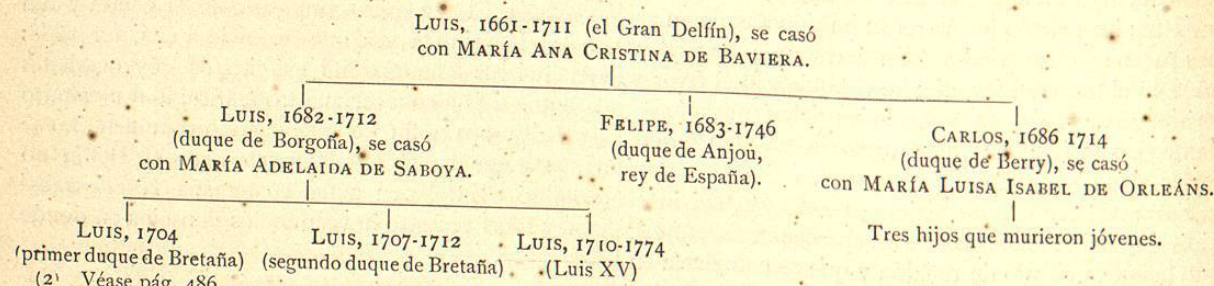
influencia increíble, y el rey se admiraba de que supiera «juntar tan buen sentido á su carácter infantil.» Los preceptores no la agobiaron; tuvo un maestro de baile, otro de clavicordio y otro de escritura, que no consiguió hacerla que escribiese bien. La señora de Maintenón habría querido que tuviese diariamente dos lecciones, «una de fábula y otra de historia romana,» y que aprendiese «ciertas cosas que continuamente entran en el trato de los placeres y de la conversación;» pero es lo cierto que no se instruyó á pesar de haber cursado las clases de Saint-Cyr y aun de haberse divertido en echárselas de maestra de la clase azul.

Los dos esposos eran muy diferentes uno de otro. La princesa no era guapa, tenía la frente alta y saliente, la nariz corta, las mejillas algo colgantes, los labios y la barba característicos de los Austrias, los dientes mal alineados, enfermos y productores de fluxiones; pero, en cambio, tenía grandes y vivos ojos, «el color más hermoso y el más hermoso cutis, poco pecho pero admirable...; una cabeza galante, graciosa, majestuosa y lo mismo la mirada; la más expresiva sonrisa, un talle largo, redondo, pequeño, flexible de corte perfecto y un modo de andar de diosa encima de las nubes.» Además, «su alegría juvenil, vivaz, activa, todo lo animaba, y su ligereza de ninfa la hacía aparecer en todas partes como un torbellino que llena varios lugares á la vez llevando á ellos el movimiento y la vida.» El príncipe tenía el rostro prolongado, perfecto en su parte superior, la nariz levantada y larga, la boca agradable, «los ojos más hermosos del mundo, una fisonomía inteligente..., propia para inspirar ingenio;» pero su cuerpo era «emborrado,» con un hombro más alto que otro, casi jorobado y casi cojo. Formal en extremo, estudiaba diversas ciencias en su gabinete lleno de libros, de instrumentos de matemáticas y de mapas; aprendía los principios de las jurisprudencias romana y francesa, meditaba sobre la República de Platón, leía minuciosamente las memorias de la información administrativa mandada practicar en 1697, y se iniciaba de cuando en cuando en los ejercicios de la guerra. Era muy religioso, comulgaba «los domingos y días de fiesta,» ayunaba «que daba compasión el verle,» estaba «flaco como un palo» y era de complexión amorosa violenta.

Los otros dos hijos del Delfín, el duque de Anjou, nacido en diciembre de 1683, y el duque de Berri, nacido en agosto de 1686, estaban relegados á segundo término, á mucha distancia del primero. El duque de Anjou, futuro rey de España, «predestinado desde el vientre de su madre á la gravedad,» hablaba poco, pesadamente y despacio. «Tiene el aire enteramente austriaco, decía Madama, con la boca siempre abierta. Se lo hago observar cien veces; cuando se le dice, la cierra, porque es dócil, más en cuanto se descuida la abre de nuevo.» Tiene corazón; se le pondría delante de cien bocas de fuego diciéndole: «Estate aquí,» y permanecería inmóvil como una pared; en cambio, si alguna de las personas á quienes está acostumbrado le decía «¡Quítate de ahí,» se iría. Desconfía de sí mismo; hace todo cuanto le dicen que haga, pero nada más. El duque de Berri, ignorante hasta el punto de no saber «apenas quién es,» pasábase la vida disparando tiros, jugando á cartas ó haciendo de ayuda de cámara á la duquesa de Borgoña y á sus damas, personas alegres y sin ceremo-

(1)

## DESCENDENCIA DEL GRAN DELFIN



(2) Véase pág. 486.